

SEGUNDA PARTE.

LOS FRANC-MASONES.

I.

¿Por qué se nos ataca?

Lo ignoramos.

Nuestra historia limpia de toda mancha, escrita con lágrimas del reconocimiento de la desgracia socorrida del infortunio remediado, del mal corregido es el monumento mas grande de nuestra gloria, y el testimonio poderosísimo de nuestra propia satisfaccion.

La caridad es nuestra divisa.

Nuestro estandarte es el de la libertad; y á su sombra se agrupan ávidos de vida todos los amantes del progreso, todos los partidarios de la perfectibilidad, todos los hombres *cosmopolitas* que ven en la fraternidad universal de los pueblos y de los individuos no el fantasma quimérico de un cerebro soñador, sino la realizacion ostensible de un principio eterno, indiscutible y providencial.

No tenemos, es verdad, el asiético entusiasmo de los anacoretas de la Tebaida, no cubrimos nuestras carnes de tormentos cilicios, ni vemos en las flagelaciones la marca de la virtud; no rendimos en nuestros templos culto de adoracion á los dogmas mas ó menos astutos de las religiones positivas porque esta adoracion es debida tan solo al Hacedor supremo; pero con la ciencia de los siglos y la severa virtud que nada tuerce cruzamos peregrinos las naciones y encendemos por do quier la antorcha luminosa de la vida en los ateneos, en las escuelas, en los hospitales llevando consuelos y alegría á la choza humilde del mendigo.

¿Para qué—en este caso—necesitais misterio?

La caridad, emanación purísima del cielo, si ha de ser virtud, ha de ser modesta y velada por el misterio mas inquebrantable.

Por esta razón nos cubrimos con el misterio.

Distribuimos con mano pródiga la limosna, y al cumplir con este deber sagrado que la conciencia nos impone ni lastimamos la dignidad del que la recibe, ni ostentamos el orgulloso blason del dadivoso.

Calúnnienos, pues, nuestros enemigos.

Nosotros continuaremos nuestra propaganda científica, predicando sin cesar, y sin temor á los ultrajes, la libertad, la justicia y el derecho como principios indestructibles de la existencia humana, como dogmas positivos de la vida moderna de los pueblos libres.

II.

¿De dónde vienen los masones? ¿Cuál es su origen?

El origen de esta institución se pierde en las tinieblas de los siglos, y por consiguiente son infinitas las versiones que existen con respecto á su fundación, habiendo quien la atribuye (1) á unos cuantos obreros romanos que en el año 734 antes de J. C. trataron de emancipar el pensamiento y el arte de la tutela oficial que los oprimía.

Aun cuando aceptemos este origen un tanto remoto, en virtud de la autoridad que le prestan los h. h. que lo apoyan, debemos suponer que la época precisa de su propagación por el mundo, de su desarrollo admirable data de los primeros años del siglo XIV y es Alemania su cuna; como es la cuna de todas las grandes instituciones, de los grandes adelantos, de las grandes revoluciones científicas que vienen impulsando á la humanidad por el sendero interminable de la perfección.

En aquella época estaban dominadas las inteligencias, esclavizada la razón, perseguida la ciencia por el fanatismo de las sectas dominantes, y era preciso que los hombres honrados en cuyo pecho ardía inextinguible el fuego del saber, se asociaran para resolver á despecho de los tiranos los problemas de lo desconocido, y leer la verdad grande y sublime en esa Biblia colosal que

(1) Pertusa, Tratado general de la franc-masonería.

tiene por caracteres los mundos y los seres y por dogmas la libertad de la razón.

Apénas hemos pronunciado la palabra *libertad* y monseñor Segur nos sale al paso, nos detiene y nos pregunta: «Sois libres ¿con qué libertad? libres ¿en frente de quién? libres ¿para hacer qué cosas?»

Sí, somos libres porque *franc-mason* quiere decir *obrero libre* con libertad absoluta, sin trabas, sin cadenas; somos *libres* en frente del error para combatirlo, en frente de la maldad para aniquilarla; somos *libres* para todos los fines racionales de la vida; libres para pensar, libres para creer, libres para adorar; pero esta libertad no degenera en licencia por que tiene por límites la libertad de todos; «por que el buen mason debe ser honrado y probo, buen padre, buen esposo, buen hermano y buen amigo.» (1)

No son los masones libres para el mal porque el mal se aborrece, se persigue se anatematiza.

Hé ahí, pues, nuestra libertad grande y sublime que ni se coarta investigando los profundos misterios de la conciencia ni se esclaviza.

En el *jesuitismo* el individuo es absorbido por la colectividad, mientras que entre los masones el individuo conserva su autonomía, es independiente, es libre dentro del círculo de sus deberes, y sus trabajos aislados, sus esfuerzos intelectuales, sus virtudes redandan siempre en beneficio del ente colectivo, en bien de la humanidad.

El jesuita pide libertad para ejercer el monopolio; el mason pide libertad por amor á la libertad, por amor al progreso, por amor al bien, que ejerce consolando al que llora, amparando al que sufre.

El jesuita es *cosmopolita* en bien de la orden; el mason es cosmopolita en bien de la humanidad.

El jesuita habla del infierno, concepción profundamente inmoral; el mason habla del cielo, luz que encanta, verdad que conmueve y que fascina.

El jesuita habla de Satanás; el mason adora á Dios.

El jesuita es asesino; el mason es honrado, noble y generoso. Ved, por lo tanto, la diferencia que existe entre unos y otros.

(1) Graco, La libertad del pensamiento.

Se dice por algunos insensatos que lo esencial de vuestra orden es aislar al hombre de su familia y arrancar de su alma la creencia de Dios.

Estas vanas palabras, estos alardes de pedantesco también revelan la mala fé y la perfidia de nuestros enemigos que—no pudiendo atacarnos de otro modo—se valen de las armas más viles para desacreditarnos en el concepto de las personas tímidas, ignorantes y sencillas.

Más adelante les daremos contestación.

III.

No siendo nuestro objeto escribir un manual del iniciado nos concretaremos lo posible en los misterios de la *iniciación* de que vamos á tratar.

Para ser admitido un profano en nuestra augusta asociación debe ser propuesto á la logia por un hermano, y ésta después de tomar en consideración la propuesta procede á nombrar comisiones que investiguen la conducta del interesado y presenten sus informes en vista de los cuales y por medio de escrutinios secretos y rigurosos se decide su admisión ó no admisión.

En el primer caso el padrino del neófito lo conducirá el día señalado para la iniciación á un lugar separado de la Log. con los ojos vendados de modo que ignore el lugar en que se encuentra.

De allí se le pasa al *cuarto de reflexiones* que no es ni con mucho el *cuarto de meditaciones* del jesuita.

Aquel aparece modestamente pintado de negro, sin pinturas fascinadoras, sin cuadros que halaguen la pasión.

Los adornos de esta habitación consisten en emblemas de la muerte, para representar al hombre que entra allí que antes de atravesar el dintel de nuestro templo debe morir para el vicio, para las pasiones terrenales y renacer á la virtud, á la práctica de las buenas obras.

Varias preguntas se le hacen en un papel triangular, preguntas que responde, lejos del mundo, con la sinceridad del hombre honrado.

¿Qué debéis á Dios?

¿Qué debéis á vuestros semejantes?

¿Qué os debéis á vos mismo?

Estas son las preguntas principales que se hacen en el cuarto

de reflexiones, y en ellas ni se encierra la doblez del jesuita, ni se exige el sacrificio de la libertad.

Se ordena al neófito hacer su testamento, pero—observadlo bien—ni se le impone la obligación jesuítica siempre indispensable de hacer donación á la compañía, ni se le exige el despojo de sus bienes con perjuicio de sus legítimos y legales herederos.

Aun cuando no nos fijáramos más que en la *diferencia* de testamentos nos veríamos obligados á confesar que la masonería tiene más honra que la Compañía de Jesús.

El jesuita pide para sí; nosotros pedimos para la desgracia.

Terminadas en este punto las ceremonias que las liturgias previenen, el neófito es conducido al templo para ser recibido mason.

En el templo se le hacen varias preguntas para probar sus conocimientos, y entre ellas está como principal la siguiente:

¿Creeis en Dios?

Una vez contestada el Ven. Macs. pronuncia un pequeño discurso encareciendo la necesidad de esa creencia sin la cual—dice—no se comprendería la existencia de esos fenómenos maravillosos de la Creación.

Verificadas las pruebas que marcan los estatutos, prestado el juramento que obliga á ejercer la caridad, á practicar el bien, á rendir culto á la virtud y abrir mazmorras al vicio si quier se oculte con el manto fastuoso de los emperadores, cae la venda de los ojos del profano que es recibido como hermano querido en los brazos siempre abiertos de todos los masones.

Recibió la luz, y al recibirla ni se le pregunta cuál es su patria, ni cuál es su religion. Su patria es el mundo, su religion es patrimonio exclusivo de su conciencia.

¿Qué le importa á la masonería la religion que profesen sus afiliados?

Ella no es una religion, y no siéndolo no tiene interés en atacar á otra alguna; no ataca más que el fanatismo, la intolerancia y la criminalidad.

Las razones que apuntadas dejamos bastarian por sí solas para demostrar que entre nosotros ni puede tener cabida el vicio, ni es admitida ni tolerada la maldad.

Nosotros no atacamos á los gobiernos.

El rumor de las luchas de la política no logran atravesar las paredes de nuestro templo.

Ansiamos regenerar á la sociedad por medio de la ciencia, y la ciencia es compasible con todos los gobiernos, con todas las leyes que inspiradas en el sentimiento del progreso no declaran á las naciones en perpétua esclavitud.

Adelantemos.

IV.

Vamos á esponer sucintamente los principios de la moral masónica para su comparacion con la moral jesuítica.

En esta comparacion nosotros seremos los gananciosos.

V.

Los masones reconocen la existencia de Dios como manantial fecundo de todo bien, de toda virtud, de toda grandeza.

•Adora al G. A. del V. (Dios).•

•El verdadero culto que debes al G. A. del V. consiste en la práctica constante de las buenas obras.•

Estas dos máximas que son—si así podemos decirlo—la base de nuestras creencias religiosas en el seno de la asociacion destruyen completamente el *ateísmo* que se nos imputa.

Somos *ateos* en cuanto se nos habla de la *dualidad* de Zoroastro, del *Ormuz* y el *Ahriman* de los Persas, del Dios del Sinai revelado por Moisés; somos *ateos* en cuanto se nos habla de doctrinas mas ó menos ingeniosas, mas ó menos galanas.

Pero creemos en el Dios Creador de cuanto existe, y á Él rendimos exclusiva adoracion.

•Ama á tu prógimo como á tí mismo.•

•No hay amigos ni enemigos, no hay mas que hermanos; la humanidad es una familia y sus miembros se deben mútua proteccion. No lo olvideis, porque esta proteccion es el fundamento de la fraternidad universal que queremos establecer.•

•Debemos hacer el bien, no por el egoísmo de la recompensa, sino por la felicidad que produce la práctica de las buenas acciones.•

•Desoye la voz del *razón*, siempre engañosa; examina los preceptos de la equidad y de la justicia; pide consejos á la conciencia y obra.•

¿Es esta la moral del jesuita?

¿Es esto contrario á la razon?

Por muchos se nos acusa que entre nosotros la caridad es mentida, y entre otros monseñor Segur afirma con un cinismo sin igual que nosotros despreciamos á los pobres por que los pobres son la *lepra horrible* de la Mas.

Jamás pronunciaremos contra el mendigo sentencia tan criminal.

•Sé el padre de los pobres: cada suspiro que tu dureza les arranque serán otras tantas maldiciones que caerán sobre tu cabeza.•

•Parte con el hambriento tu pan, alberga en tu casa á los peregrinos; viste al desnudo y no evites el contacto del pordiosero sino quieres que el mundo al verte avaricioso te desprecie como tu desprecias al necesitado.•

¿Es esta la corrupcion de la moral, ó es la moral? ¿Es el mal ó es el bien? ¿Es la virtud ó es el vicio?

En el manifiesto que hemos publicado en 20 de abril de este año á consecuencia de los ataques tan apasionados como injustos de un jesuita, decíamos: •El objeto de la masonería es ejercer la caridad, moralizar las costumbres, enseñar el amor al prógimo y estender en el mundo el progreso y civilizacion por medio de la fraternidad universal; prohíbe el derramamiento de sangre; veda el escándalo; y donde quiera que el estandarte de nuestra orden dá al viento sus ondulantes pliegues, los esclavos sienten renacer la esperanza en sus entristecidos corazones, levantan su abatida frente, y la férrea mano que los oprimia les brinda libertad, y el látigo que los flagelaba sin piedad cae para no levantarse jamás.•

¿Es este el vicio como pretenden asegurar nuestros enemigos?

Los que tales doctrinas profesan y para practicarlas se reúnen no son enemigos de la humanidad, no son enemigos del bien, no son enemigos de la virtud, sino que se sacrifican por ella y en su defensa derramarían para regenerar al mundo toda la sangre de sus venas.

Que nos calumnien; no importa. Nosotros estamos á una altura que no alcanzan los tiros de nuestros detractores.

VI.

¿A dónde vamos?

Hay quien supone que en el siglo XIX, época de los grandes

descubrimientos y de las grandes libertades la masonería no tiene razón de ser, y los misterios son de todo punto innecesarios.

Perdónennos nuestros detractores que no estemos conformes con su opinión.

La humanidad no está regenerada todavía.

Hay muchas miserias; hay mucha ignorancia; hay mucho fanatismo y mucha preocupación que perjudica al progreso, que pone obstáculos al desarrollo de la libertad.

Quedan grandes problemas por resolver.

La humanidad vacila, la humanidad duda y la franc-masonería debe salvarla de todos los precipicios enseñándola el sendero que conduce al templo de la felicidad.

«Desde la pena de muerte hasta el registro civil; desde la producción de la riqueza hasta su distribución equitativa, que equidad es justicia y es igualdad; desde el jornal hasta el salario; desde el derecho del hombre hasta la felicidad de la mujer; desde la supresión de las fronteras y aduanas hasta la supresión del ejército; todos estos problemas y otros mil que hoy turban y hacen estremecer á nuestra sociedad, son el objeto á que hoy debe tender la franc-masonería.» (1)

Hé ahí á dónde vamos.

A la consecución del derecho por la libertad, de la libertad por la ciencia, de la ciencia por la razón.

A la estinción del proletariado, última forma de la esclavitud, por la igualdad, á la igualdad por la instrucción, por el bien, por la virtud.

Que se nos calumnie h. h. queridos, que se nos ultraje sin cesar que en nuestra honra se embotarán los dardos de la maledicencia y de la impostura.

VII.

La Iglesia nos impuso la mentira con el hierro y con el fuego; nosotros impondremos la verdad con la razón.

La Iglesia encendió la hoguera; nosotros predicaremos la paz.

La Iglesia inventó persecuciones; nosotros realizaremos el dogma de la fraternidad universal ejerciendo el bien lo mismo en

(1) Pertusa, Obra citada.

las ciudades populosas, que en la cabaña aislada del pobre campesino.

La ciencia suprime los límites de la patria; las fronteras desaparecen y en la vida intelectual de los pueblos libres se desarrollan los gérmenes de la paz universal.

No permitamos que esos gérmenes se pierdan, antes bien cuidémoslos con esmero para obtener en su día los frutos sazonados que tan rica semilla nos ofrece.

VIII.

Hemos llegado al término de nuestro trabajo.

Comparad nuestras doctrinas y nuestras aspiraciones con las doctrinas y las tendencias de los jesuitas, y decidnos en qué manos está la perversidad.

Desde el Vaticano lloverán sobre nosotros las excomuniones de un tirano...

Sea en hora buena.

Las excomuniones del mason Mastay-Ferreti asesino de los masones Monti y Tognetti no nos intimidan ni nos arredran.

El mundo marcha, la humanidad camina y la civilización aplastará un día el Vaticano como aplastó otro día el Capitolio y desaparecerá la Roma de los pontífices como desapareció la Roma de los emperadores.

¡Adelante! es nuestra divisa.

A despecho de todos los calumniadores seremos siempre los obreros del progreso y diremos como Galileo:

¡E POR SI MUOVE!